

*El Siglo XIX*, de 21, publicaba estas líneas:

“No cabe la menor duda en que nuestros Oficiales prisioneros han sido sacados á pie de la Ciudad de Puebla, rumbo á Orizaba.

“Al día siguiente salieron en carruaje los Señores Generales González Ortega, Paz, Berriozábal, Alatorre, la Llave, García, Huerta, Mejía, Mora, Hinojosa, Patoni, Colombres, Gayosso, Osorio, Pinzón, Lamadrid, Prieto, Mendoza, y los Coroneles Sánchez, Ríoseco, Cosío, Auza y Loera.

“Los Oficiales que no quisieron recibir ningún auxilio del enemigo, se sublevaron en el camino contra la escolta que los conducía; desarmaron á algunos soldados, y lograron ponerse en fuga ochenta y cuatro, habiendo quedado muertos dos ó tres.

“Antes de hacer salir de Puebla á los Generales, Forey les hizo nuevas instancias para que firmaran la protesta de permanecer neutrales durante la guerra, y todos unánimemente volvieron á negarse á contraer el menor compromiso.

“Forey se mostró verdaderamente maravillado de esta conducta, y les dijo que él ha hecho la guerra en muchos países, y que en cualquier punto de Europa, un ejército que se hubiera conducido como el nuestro, no habría tenido inconveniente en capitular.

“Se mostró también admirado de que la población hubiera consentido en que se prolongara tanto la defensa, y les hizo á los Señores Generales la Llave, Patoni y algunos otros, preguntas por el General Negrete, á quien deseaba conocer.

“Hizo una visita al General González Ortega, y cuando éste fué á pagársela al cerro de San Juan, le formaron valla las tropas francesas, le tocaron marcha, y le hicieron todos los honores debidos á su rango, introduciéndolo los Oficiales del Estado Mayor de Forey, que lo trataron con la mayor cortesía.

“La conversación fué bastante larga, y Forey se empeñó en demostrar que las miras del Emperador no son de conquista, sino que sólo se propone pacificar el país, y parece que llegó á hacerle insinuaciones sobre que se aceptaría su concurso. El General González Ortega rechazó estas insinuaciones; dijo que el país comprendía el ultraje que se le hacía con quererlo intervenir, y anunció á Forey que ahora comenzaba la guerra, y que aun cuando llegara á ocupar grandes ciudades, no acabaría la resistencia de los mexicanos.

“Se cree que el General González Ortega y sus compañeros, van á ser enviados á Francia.

“En cuanto á los Oficiales, se quedarán en Orizaba ó en Veracruz, ó serán deportados á la Martinica.

“Con los soldados se ha cometido el atentado de enviarlos á trabajar en el ferrocarril y de emplearlos en destruir las fortificaciones, y parece que esto se ha hecho porque ellos se negaron á filiarse entre las chusmas de Márquez.

“Es en nuestro concepto indispensable que, sobre este atentado contra el derecho de gentes, se dirija una enérgica comunicación al jefe de los invasores, anunciando que se hará uso del derecho de retorsión, y que los franceses residentes en México serán tratados como él trate á nuestros prisioneros.

“Si México, con su noble ejemplo, no puede hacer entrar á los franceses en las prácticas de la civilización, es preciso ya que haga sentir las consecuencias de la más injusta de las agresiones emprendidas por Napoleón, y tolerada por un pueblo que ha perdido todas las tradiciones de su antigua libertad.

“Aun podemos hacer la guerra, y hacerla de manera que Bonaparte se arrepienta de haberla emprendido.

“En Puebla no ha podido organizarse ningún simulacro de gobierno, porque están en completa discordancia Almonte, Haro y Miranda, y porque sólo el primero está de acuerdo con Saligny.

“Estos corifeos de los traidores no aprueban que Forey no restablezca de un golpe el fuero eclesiástico, ni haya devuelto á la gente de Iglesia los bienes nacionalizados.

“Las dificultades de la intervención han de empezar ahora, y todo asegura que, habiendo por nuestra parte previsión, energía y actividad, podemos salir triunfantes de la contienda.

“Los traidores son unánimemente despreciados por los franceses; y siempre que aprehenden á un ladrón ó á un asesino, lo presentan á los Oficiales diciéndoles que deben ser de los de Mr. Márquez.

“El Emperador, si esto es posible, debe avergonzarse de sus aliados.”

En *El Monitor* apareció esta noticia:

“Por conductos fidedignos, sabemos que Forey determinó establecer un Ayuntamiento á su modo en aquella ciudad; y que un tal Pardo, vecino de Puebla, quedaba nombrado—no de Prefecto como había querido—sino de agente subalterno ó comisionado de Policía de Forey, para darle cuenta de todo.

“Con profundísimo sentimiento hemos sabido que el Sr. González Ortega y otros Generales, salieron por fin, en diligencia, de Puebla, rumbo á Veracruz; para lo cual Forey, creyendo sin duda deslumbrar al país con su esplendidez, mandó suministrar á cada General 21 pesos, que rehusaron dignamente nuestros valientes.

“A los Oficiales se les ministraron tres pesos, que también rehusaron.

“Los Oficiales, al ser sacados de Puebla, emprendieron su marcha victoreando la independencia y la libertad y cantando el himno nacional, pero los franceses los hicieron callar.

“Se confirma la noticia de que los traidores que entraron al principio á Puebla, comenzaron á ejercer sus venganzas de costumbre, pero los zuavos se las impidieron y los hicieron salir de la población.

“El traidor Almonte hace un papel muy ridículo y desairado, y se pasea triste y cabizbajo por las calles de Puebla.

“D. Antonio Haro y Tamariz está también en Puebla, pero se mantiene retirado de Almonte y de Forey, con quienes dice que no está ya de acuerdo.”

En 25 *El Siglo* manifestó lo siguiente:

“Ahora que han llegado á esta ciudad algunos de los generales y jefes del Ejército de Oriente, que más se han distinguido en la defensa de Puebla, nos parece conveniente que el Ministerio de la Guerra procurara completar la historia de las operaciones militares, pues como recordarán nuestros lectores, durante muchos días faltaron noticias en México de lo que pasaba dentro de la plaza asediada, y desde que avanzó el Ejército del Centro el día 5, no se volvió á saber absolutamente nada.

“Seguros estamos de que en todos los hechos que hayan ocurrido, nada ha de haber que no sea glorioso para la República, y que el conocimiento de la verdad servirá para estimar mejor el heroísmo del Ejército de Oriente y para inflamar más el espíritu público con tan buenos ejemplos.

“Se dice que en los últimos asaltos, todos cumplieron con su deber, y que se distinguieron como siempre los Generales la Llave, Díaz y Patoni, habiendo casi concluido las tropas de Durango que mandaba este último, y en las que hubo muchos episodios del más admirable valor.

“Del General Díaz se refiere que aparecía en todos los puntos de peligro animando á los soldados y conduciéndolos al combate.

“Nos parece, pues, necesario, que el país sepa hasta los menores incidentes de la heroica defensa de la inmortal Zaragoza, ya que estos hechos forman un tesoro de gloria para la República.”

*El Centinela*, de Querétaro, insertó una carta concebida así:

“Sr. D. N. N.—México, Mayo 21 de 1863.—Estimado amigo.—Adjunto á usted la que escribí el martes en la noche, y que no mandé á usted porque entre ocho y nueve cayó un fuerte aguacero, y ni yo ni mi hijo pudimos salir á ponerla en la estafeta.

“Por ella verá usted que hemos recibido un golpe tremendo. Sólo tengo que añadirle que, por dos personas que han llegado de Puebla después que la ocuparon los franceses, se sabe que el 15 y el 16 atacaron con vigor los franceses el Carmen y el fuerte de Teotimehuacán, siendo rechazados con mucha pérdida de gente: que para estos ataques fué necesario echar mano de los repuestos de parque de cañón que había en Guadalupe y otros fortines: que, por consiguiente, habiéndose agotado las municiones, y con unas cuantas habas por alimento, se pensó en tratar con Forey. Al efecto, salieron Mendoza y el General Paz á la conferencia, y en ella propuso el general francés que les concedería salir con sus armas, la artillería que quisiesen, con banderas desplegadas y los primeros honores de la guerra; pero con la condición de que protestarían permanecer neutrales, para cuyo efecto se les señalaría la población de Atlixco.

“Como usted debe imaginarse, la proposición fué desechada de luego á luego por los comisionados; pero añadieron que la pondrían en conocimiento del general en jefe y que resolverían. Como pormenor de este acontecimiento, se refiere que Mendoza y Paz salieron de riguroso uniforme, sin olvidar ni los guantes; que sacaron su respectivo acompañamiento de oficiales y una brillante escolta; que Forey los recibió con mucha deferencia y buen trato; que comieron con él, pues la conferencia duró casi todo el día, y que los oficiales y soldados franceses ocurrieron en tropel para conocerlos.

“Regresaron á Puebla, y en el acto se determinó romper las armas, teniendo que ametrallar grupos de fusiles para romperlos más pronto; desmontaron y desmuñonaron *todas, todas* las piezas de artillería; del poco parque de fusil que sobraba, pues de cañón ya no había, formaron con él un gran depósito y colocaron en él los cañones cargados que no podían inutilizar, y prendieron fuego.

“Las banderas fueron también quemadas y sus cenizas recogidas y guardadas en tubos de hojadelata y depositadas en un lugar secreto que sólo conoce González Ortega. Acabada esta destrucción se mandó que toda la tropa ocultara sus arneses y vestidos militares, y se quedaran en calzón blanco y sombreros de petate que se les repartió. Así transformados estos héroes, dignos de nuestra patria, se confundieron con el pueblo, y cada cual tomó el camino que pudo.

“En estos momentos, González Ortega mandó que toda la oficialidad se reuniera en la aduana y aguardara allí hasta nueva orden; y él y los generales y su estado mayor se fueron á palacio; dados libres los numerosos prisioneros franceses, los oficiales de éstos fueron comisionados para que avisaran á Forey que podía entrar en la plaza á la hora que gustase, y que no se pedía ni garantías ni concesión alguna.

“Amigo ¡esto es sublime! ¡este es un rasgo propio de los hombres antiguos! ¡la historia no registra un rasgo tan heroico en los anales de la humanidad! Sólo el partido liberal es grande porque tiene corazones de tanta grandeza y abnegación.

“Pocos momentos después entró el General Bazaine, al frente de dos columnas de zuavos. Se dirigió al palacio, y parándose enfrente de la habitación de González Ortega, se quitó el sombrero y lo mismo su Estado Mayor. Así penetró hasta la pieza en donde estaba Ortega, y se mandó anunciar. Luego preguntó por el general en jefe, y le rogó aceptara su mano y un abrazo: el héroe mexicano aceptó. Después pidió Bazaine que lo presentaran á González Mendoza, el Ulises de nuestro ejército.

“Al frente del traidor Taboada, en unión de otros infames mexicanos, estaba una vivandera francesa. Al ver entrar á estos mochos malditos, el pueblo y nuestros soldados confundidos con él, los apedrearón de muy buena gana; la vivandera francesa palmoteó, y confundida con el pueblo, lo animaba gritando: *¡muerte y escarnio para el traidor!*

“Mucho habrá de noble en esta vivandera; pero yo creo que estaba celosa, porque el ejército de Márquez no ha servido de otra cosa que de proveedor de los franceses.

“Como usted debe imaginarse, este incidente causó un alboroto, y Bazaine corrió pronto á apaciguarlo, haciendo salir á los mochos de la ciudad. Puede usted creer que jamás hombres algunos ven con más aversión y desprecio á los traidores, que los del ejército francés; ellos vienen cum-

pliando con una consigna del tirano; pero en lo particular odian á los traidores reaccionarios; si triunfan los franceses en México, no tardarán estos estúpidos mochos en conocer que, moralmente, acaban de perderse.

“Así ha terminado Puebla. Ha dejado una página para México y su generación, y un feo borrón para la reacción, que no bastarán los siglos para quitarlo.

“Hoy ha entrado el Ejército del Centro; trae diez mil hombres y treinta piezas de artillería; aquí había como cuatro mil hombres de reserva; hasta hoy tenemos 14,000, fuera de los de Aureliano, Cuellar y Carbajal, que quedaron por el camino de Puebla. Se dice que deben llegar tres mil mas de la Huasteca y Toluca.”

Las palabras, pues, que el Presidente Juárez consagraba á los defensores de Puebla, no eran inspiradas por el entusiasmo patriótico solamente, sino por el deber de rendir un tributo solemne de justicia.

#### NUMERO 131.

El Señor Juárez, investido con facultades extraordinarias, salió de la Capital, tres ó cuatro horas después de la clausura de sesiones del Congreso, con destino á San Luis Potosí, á donde, según decreto expedido el 29, deberían trasladarse los Poderes federales.

Al día siguiente, 1º de Junio, algunos partidarios de la Intervención se reunieron en el edificio de Correos y levantaron una acta que contenía las siguientes resoluciones:

“Art. 1º Aceptan gustosa y agradecidamente la intervención generosa que al pueblo mexicano ofrece S. M. el Emperador de los franceses: en consecuencia, se ponen directamente bajo la protección del Señor General Forey, en jefe del ejército franco-mexicano, como representante de S. M. el Emperador.

“Art. 2º Para que la intervención se haga efectiva, tal cual la ha ofrecido S. M. el Emperador de los franceses, al ocupar el General Forey con el ejército franco-mexicano la Capital, se le suplicará convoque una junta lo más numerosa posible, en la que estén representadas las clases todas de la sociedad y los intereses nacionales, de personas de todos los partidos que hayan aceptado la intervención; las más notables por su ciencia, moralidad y patriotismo, de acuerdo para la elección de ellas con el Excelentísimo Señor General de División, D. Juan N. Almonte.

“Art. 3º La junta calificadora, de conformidad con el artículo anterior, deberá reunirse al tercero día de su convocación, y á los ocho días de convocada, resolverá precisamente la forma política de gobierno, bajo la cual deberá regirse perpetuamente la nación; y nombrará el gobierno provisional que ejerza el Poder hasta tanto que se entre en el régimen político determinado por ella.”

Se encargó en la Ciudad del mando político y militar, el General D. José Mariano Salas. El 10 entró en ella el ejército invasor.

El 16, el General Forey nombró una Junta de Gobierno, compuesta de treinta y cinco individuos, quienes deberían designar tres personas que desempeñasen lo que se llamó el Poder Ejecutivo, y dos suplentes de ellas. Habrían, además, de asociarse á doscientos quince notables, encargados de resolver sobre la forma definitiva del Gobierno de México. Instalada la Junta de Gobierno, eligió á D. Juan N. Almonte, á D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Obispo de Puebla, y á D. Mariano Salas, miembros del Poder Ejecutivo; y á D. Juan B. de Ormaechea, Obispo de Tulancingo, y D. Ignacio Pavón, suplentes. Publicado por bando el nombramiento hecho por la Junta, el 24, se verificó el 25 la instalación del Ejecutivo, en cuyo acto pronunció estas palabras D. Juan N. Almonte: “Los miembros del Poder Ejecutivo juramos cumplir fiel y exactamente el encargo que se nos ha confiado; defender la independencia y soberanía de la nación,